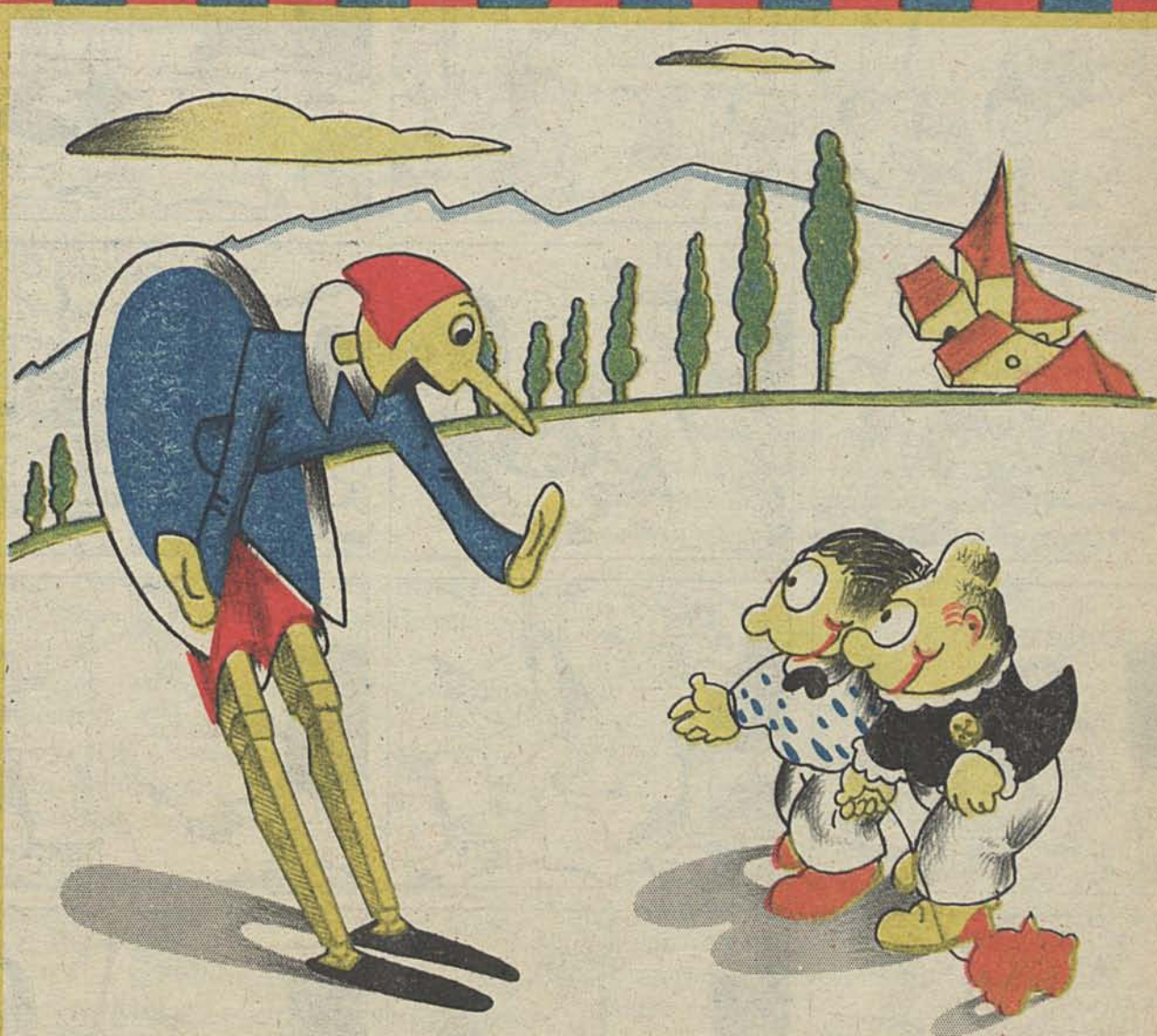


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 321

25 cts

12. ABRIL
1931



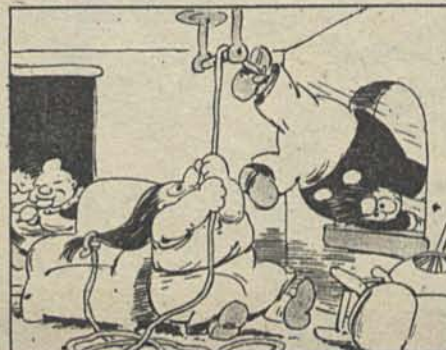
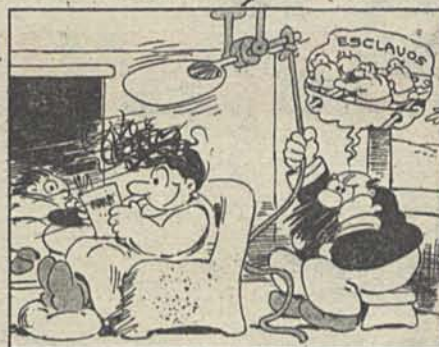
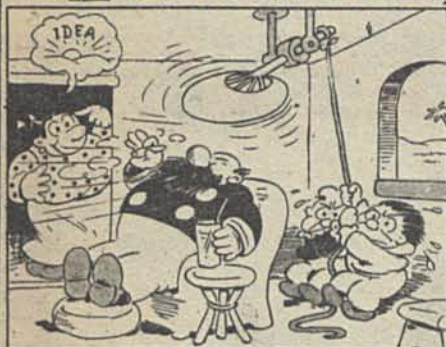
- ¿DÓNDE VAIS CON ESE PERRITO?
- ¡AL CAMPO, PORQUE QUEREMOS QUE SEA UN PERRITO AGRÍCOLA!

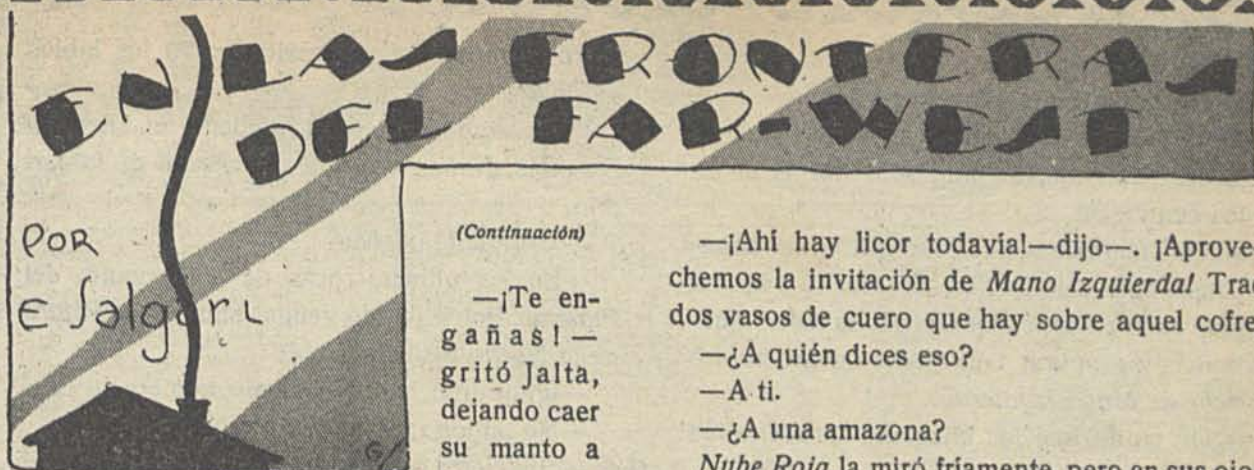
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)

—¡Te engañas! —
gritó Jalta,
dejando caer
su manto a
tierra con un

movimiento brusco—. ¿Quieres una prueba?

—Dámela.

Jalta levantó la cabeza y mostró el *mocassin* de su pierna izquierda, en el cual había como adorno una cabellera gris, de pelo corto, y que parecía arrancada pocos días antes.

—¿Ves?—dijo.

—Veo—contestó *Nube Roja*—. Es la cabellera de un hombre blanco, ya entrado en años.

—¿Sabes a quién pertenece?

—Te he dicho que a un hombre blanco.

—A mi primer marido.

—¿Al coronel?

—Sí.

Nube Roja aspiró en su *calumet*, siguiendo luego con mirada distraída las espirales que hacía el humo. Después dijo sencillamente.

—¡Ah!

—¿Me has comprendido?—preguntó Jalta, después de algunos instantes de silencio.

—El oído de los *corvis* no es mejor ni peor que el de los *sioux*.

Jalta tuvo un acceso de ira, que logró reprimir.

Nube Roja continuó fumando y fingiendo que no veía, aunque no dejaba de observar de reojo a su mujer.

—¿Y no me preguntas nada del coronel?—dijo la terrible india—. ¿Ni siquiera si está muerto o vivo?

Nube Roja separó la pipa de los labios, y miró al frasco del aguardiente que colgaba de una cuerda.

—¡Ahí hay licor todavía!—dijo—. ¡Aprovechemos la invitación de *Mano Izquierda*! Trae dos vasos de cuero que hay sobre aquel cofre.

—¿A quién dices eso?

—A ti.

—¿A una amazona?

Nube Roja la miró friamente, pero en sus ojos podía leerse una malignidad profunda. En seguida la dijo:

—¿No eres mi *squaw*? ¿Quién soy yo, pues? ¿O es que quieres que te recuerde que soy tu marido? ¡Por el genio de la muerte, dame de beber! ¡No soy un esclavo, no soy un *culatta* (mestizo); soy un *sakem* de la gran tribu de los *corvis*! ¡He dicho!

Su voz se había animado poco a poco, hasta hacerse amenazadora, mientras su mano izquierda acariciaba el puño del machete.

Jalta permaneció inmóvil algunos momentos, dudando entre la obediencia al marido o la franca rebelión. Después de una breve lucha consigo misma y de lanzarle miradas de odio y de fuego, cedió ante el guerrero.

Cogió los vasos, sirvió el aguardiente, se sentó frente a su marido, y dijo con voz lúgubre:

—¡Mi *sakem* puede beber!

CAPÍTULO VII

«Sioux» contra «corvis»

Nube Roja dejó el *calumet*, se acomodó sobre la piel de bison que le servía de asiento, tomó uno de los vasos y lo alzó a la altura de los ojos, chasqueando la lengua con deleite después de haberle apurado.

Jalta no bebió del suyo. Su semblante se anublaba cada vez más, y sus feroces ojos lanzaban relámpagos fosforescentes.

Debía de sentir en aquel momento una cólera

terrible, cólera que *Nube Roja* adivinaba, pero que le tenía perfectamente sin cuidado.

Entre aquellos dos extraños seres reinó un largo silencio, interrumpido sólo por el alerta de los centinelas.

Jalta fué también la que tuvo que cortar aquella pausa, pues el indio parecía resuelto a apurar la poquísima paciencia que debía de tener aquella mujer, y a apurar también el aguardiente o *moriche* de *Mano Izquierda*.

—¿De modo que los hijos del coronel están todavía libres?—dijo.

—Me parece habértelo dicho. Tú, en cambio, te has olvidado de decirme si el coronel ha muerto.

—Le he arrancado la cabellera.

—¿Quién?

—¡Yo!—respondió Jalta friamente.

Nube Roja la miró con cierta admiración.

—Has hecho bien—. Sin embargo, tengo mis dudas de que haya muerto. Un hombre puede vivir aunque le arranquen los cabellos, si no ha recibido otras heridas. En mi tribu he visto guerreros que sufrieron esa cruel tortura y siguieron viviendo largos años, aunque atormentados siempre por terribles dolores en la cabeza.

—¿Es verdad lo que dices?—dijo Jalta, experimentando una alegría salvaje—. ¿Sufren mucho?

—Sí.

—¡Entonces, él también sufrirá!

—¿Quién?

—El coronel.

—¡Ah! ¿No le mataste? ¡Yo creí que le habrías arrancado el corazón!

—¡A Jalta no le bastaba su muertel!

—¡Por el demonio, que eres una mujer que da miedo!—exclamó *Nube Roja*, reprimiendo un temblor convulsivo.

—¡Para ti no soy más que tu *squaw*; para los otros soy una guerrera!—respondió Jalta con soberbia.

—También eras la *squaw* del rostro pálido.

—¡Y me he vengado de su abandono!

Una sonrisa incomprensible agitó los labios del indio.

Entre ambos reinó nuevamente el silencio. Después, *Nube Roja*, que no cesaba de fumar, dijo:

—¿Dónde le cogiste?

—En las últimas rocas de la garganta del *Funeral*. Había jurado vengar también al *Pájaro de la Noche*, fusilado por él.

—Ignorando, probablemente, que era su hijo.

—No importa; era su hijo, y basta.

—¿Es cierto que hiciste robar el cadáver del *Pájaro de la Noche*?

—Fuí yo la que lo retiró de la roca. Nadie se hubiera atrevido a tanto.

—¿Y después?

—Ordené a mis guerreros dar una carga, y matamos a todos los hombres del coronel.

—¿Y cuántos de los tuyos quedaron sobre el terreno?—preguntó irónicamente *Nube Roja*.

—Yo conté las cabelleras de los rostros pálidos, y no las de mis guerreros.

—¿Y sólo quedó vivó el coronel?

—Sólo.

—¿Y le martirizaste?

—Solamente le arranqué la cabellera.

Nube Roja se sirvió otro vaso de aguardiente, apurándole de un trago.

Jalta le imitó, diciendo:

—Hace frío en esta tienda, aunque hay fuego.

Su marido la miró maliciosamente, y después de lanzar varias bocanadas de humo, dijo:

—¿Y dónde está?

—En mi poder.

—¿En el campamento de los *síoux*?

—No; en lugar seguro, vigilado por mis más fieles guerreros.

—Debe de estar horrible sin la cabellera.

—No lo sé.

—¿Y piensas conservarle siempre?

—Cuando me parezca, haré uso de mi *tomahawah* para rematarle—respondió la cruel mujer.

—¡Porque te advierto que soy hombre que no tolero rivales!

(Continuará en el próximo número).

ANITA BUEN- CORAZON





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, querido buho ¿es cierto que existe un jardín llamado el jardín de las serpientes?

—Ciertísimo, amigo Chonón.

—¿Y hay quien pasee por este jardín?

—No está destinado a paseo público sino a alojamiento de una curiosa variedad de ofidios en un parque zoológico del Brasil.

—¿Y se ven las serpientes sin peligro alguno?

—Desde luego.

—Mucho me gustaría a mi poder ser espectador de este jardín. ¡Pero está el Brasil tan lejos!

—Te mostraré una fotografía del jardín para que te des cuenta de lo que es.

—Bravo; y ahora dedícame tu charla a este tema y la ilusión de que estoy allí será perfecta.

—A unos nueve kilómetros de la ciudad brasileña de Sao Paulo existe este jardín que ocupa una gran extensión. Desde luego es la más curiosa instalación para serpientes, que hay en el mundo.

Cierto que el Brasil es el país que disfruta del triste privilegio de albergar en sus campos las más terribles serpientes venenosas cuyas picaduras nutren las listas de mortalidad con cifras tan aterradoras como la de 250 personas por año que sucumben víctimas del veneno de los ofidios.

—¿Y no hay nada para evitar el efecto de tan peligrosas picaduras?

—El suero antivenenoso que se obtiene de los asnos o caballos jóvenes y sanos. Este suero se distribuye entre la gente que trabaja en el campo a cambio de las cobras vivas que entreguen en las oficinas del serpentarium. Pero los campesinos andan siempre muy reacios a la vacunación y por esto los casos mortales son desgraciadamente frecuentes.

Y no son tan solo estos bichos los que causan estragos, sino también los escorpiones y arañas venenosas, que tanto abundan entre las plantaciones de café y caña de azúcar.

Las serpientes brasileñas pululan por los bosques tropicales, tan propicios a su vida por la humedad y temperatura cálida que les ofrecen.

Son, generalmente, tranquilas y huyen al menor ruido, aunque atacan al imprudente o al descuidado que las pisa o al que interrumpe su sueño o su reposo.

—¿Pero no me hablas del jardín de las serpientes?

—Es que el interés de la charla, curioso Chonón, está, a mi parecer en las serpientes. Pero, no obstante, te describiré el serpentarium para que satisfagas tu curiosidad.

El jardín consiste en un amplísimo recinto rodeado de muros

cuya altura permite al público contemplar las serpientes como desde un balcón. Entre el jardín y el muro hay un amplio foso lleno de agua que impide la evasión de los ofidios y sus efectos malignos.

Este jardín, que ocupa medio kilómetro cuadrado de extensión parece un poblado de negros de África pues está lleno de pequeñas viviendas semi-esféricas con su puertecita en medio punto al igual que las chozas que habitan aquellos indígenas. Estas chozas son las casitas de las serpientes y en ellas duermen, anidan y se resguardan del frío, de la lluvia y de los rigores estivales.

En el invierno, las serpientes se suben al techo para tomar el sol.

—¿Y estas serpientes del jardín son todas venenosas?

—Todas. Para las no venenosas, y además inofensivas, hay reservado, junto a este jardín, otro espacio por el que el público puede andar libremente sin peligro alguno. Los más osados se atreven a cogerlas, las acarician y las dan de comer.

El veneno de las serpientes provoca en las personas mordidas tan gravísimos efectos que por regla general sobreviene la muerte en un tiempo no superior a las veinticuatro horas después de producida la picadura.

Este veneno requiere un antídoto especial llamado «polivalente» que es capaz de resistir el veneno de las distintas especies de serpientes que pueblan el Brasil. Este antídoto, o sea el suero de que antes te he

hablado se obtiene de caballos o asnos que una vez inmunizados pueden proporcionar durante mucho tiempo el líquido salvador, pues después de hecha una recolección de suero vuelve a inyectarse a los caballos o asnos una nueva cantidad de veneno para que sigan produciendo el benéfico antídoto.

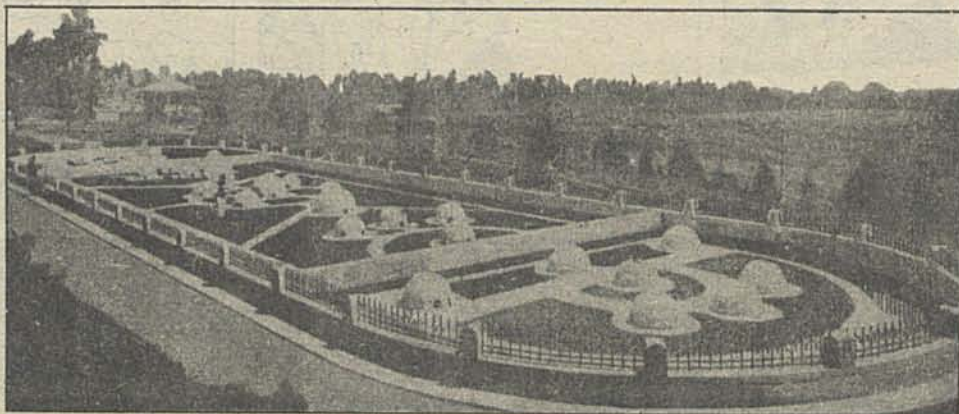
—¿Y esos animales, no sucumben?

—Al cabo de varias recolecciones de suero o mueren o quedan en un estado de agotamiento que aconseja privarles de la existencia.

—Pobres animales.

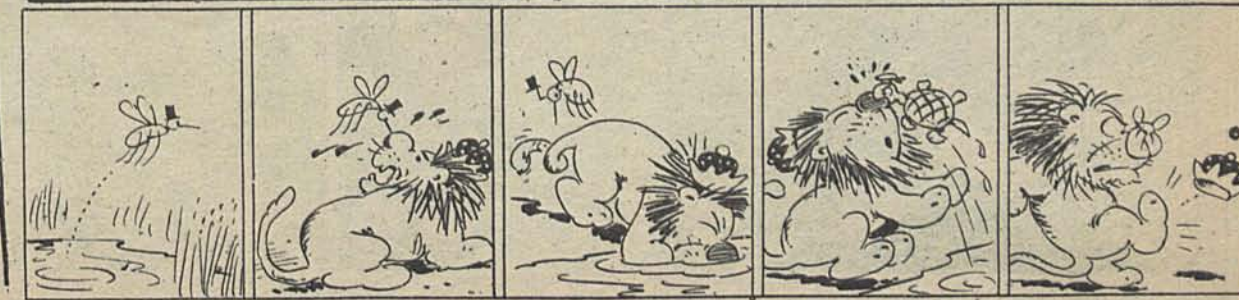
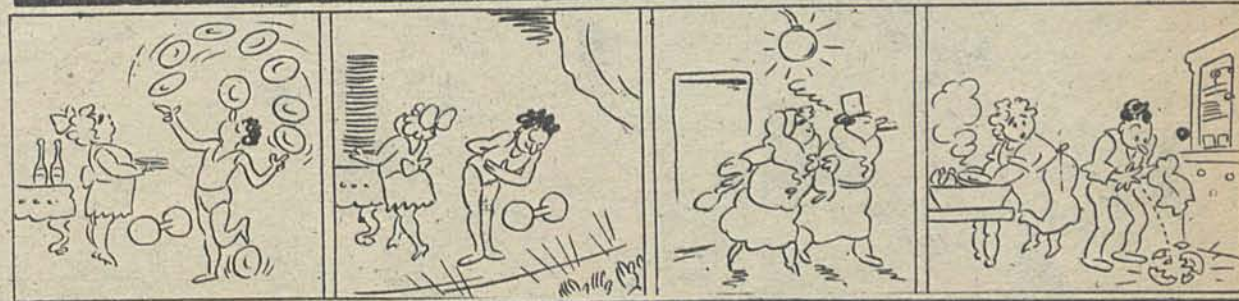
—Es cierto, pero el bien que han producido a la humanidad vale bastante más que su vida; forzoso es reconocerlo.

—El doctor Brazil que es el que dirige el serpentarium de que hablamos ha descubierto, en sus experiencias sobre estos animales, curiosos datos, tal como el de que existe una variedad de serpiente, llamada mussurana que no es venenosa y es completamente refractaria a las mordeduras de todos los reptiles. Por esta circunstancia vive con sus congéneres venenosos con la más absoluta tranquilidad.





GRAN CINE TINITONESCO





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



A DON EPICETO LE HA TOCADO LA LOTE-
RÍA Y SE HA COMPRADO UNA BICICLETA

MALDITA SEA
LA SUERTE MÍA;
NUNCA ME TOCA
LA LOTERÍA



¿DÓNDE VAS CON MANO
DE MANILA? ¿?
¿DÓNDE VAS CON
VESTIDO CHINÉ? ¿?



¡SALUZ Y PESETAS, DON EPICETITO. VENIA-
MOS A VER SI NOS DEJABA LA BICICLETA
PARA DAR UNA VUELTECITA

BUENO; PERO UNA VUELTE-
CITA NADA MÁS ¿EH?



CUIDADO CON LOS ÁRBOLES, DON TURU

NO PASES PENA QUE YA LOS
VOY MIRANDO CON EL RA-
BILLO DEL OJO



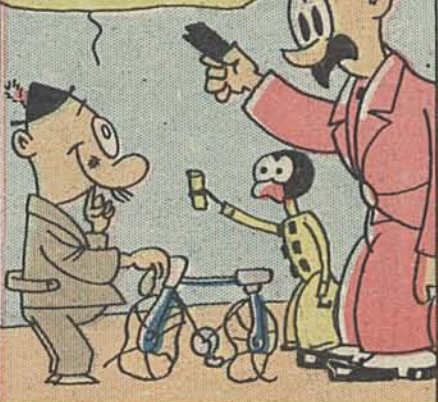
LE ESTOY DICRIENDO QUE TENGA CUI-
DADO CON LOS ÁRBOLES Y COMO
SI NO!

SI CON LOS ÁRBOLES TEN-
GO CUIDADO, PERO DE LOS MAC-
ETONES NO ME HAS DICHO NA-
DA.



MUCHISIMAS GRACIAS, DON EPICETO. AHÍ
LE DEJAMOS LA BICICLETA Y NOS DES-
PEDIMOS DE USTED AFECTIVOS S.S.
Q.L.E.L.M., CURRINCHE Y DON TU-
RULATO

¡OH! ¡QUÉ AMABLES!



¿HAS SIDO TÚ EL QUE HA TIRADO TODOS
LOS MACETONES DEL PASEO?

NO, SEÑOR GUARDA; HA SIDO
UNO QUE ANDA POR AHÍ CON
UNA BICICLETA

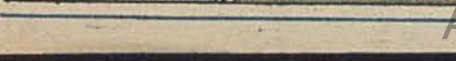
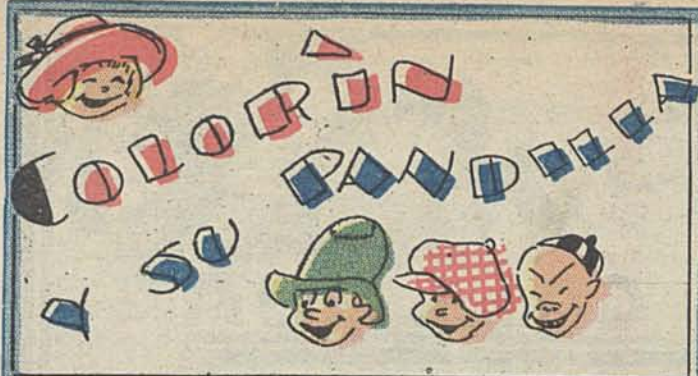


A ESTE CICLISTA LE VOY
A QUITAR LAS GANAS
DE TIRAR MÁS MAC-
ETONES...
YA VIENE, YA VIENE



¡AGUA VA!





DON KATI-TE

BANCA KATI-TE

¡PUEBLO A COBRAR LA CONTRIBUCION!

¿Y USTED EL PRIMER CLIENTE?

¿Y USTED EL PRIMER CLIENTE?

¿Y USTED EL PRIMER CLIENTE?

¿Y USTED EL PRIMER CLIENTE?

CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

HABLAR POR LOS CODOS



El joven Antonio heredó, a la muerte de sus padres, una porra por toda fortuna; y como no tenía otra cosa que hacer, se pasaba el tiempo subido a la parra, y dándose unas panzadas de uvas como para él solo.

—Este es el pan—decía cogiendo un racimo en la mano izquierda—, y éste es el salchichón—añadía cogiendo otro con la mano derecha, y comiendo alternativamente de los dos racimos.

Comía con la ilusión de ensaimada y salchichón.

Pasó una zorra por allí, y viendo al muchacho comer racimos y más racimos, se le alargaron los dientes media vara, y acercándose a la parra en que Antonio estaba encaramado, le pidió con mucha amabilidad que le echara algunos granos.

—Te prevengo—dijo la zorra—que no veo de hambre, porque las gallinas andan muy escamadas, y no he podido merendarme ninguna desde hace un mes.

Compadecido el chico de aquel animal, le dió los mejores racimos de su parra, diciendo:

—Come por boca y narices, y haz cuenta que son perdices.

La zorra no se hizo repetir el convite, y de la primera embestida se comió cuatrocientos arrobas, tres libras y dos onzas de uva, con sus raspajos y todo.

Cuando terminó su banquete se relamió, y dijo al muchacho:

—Vente conmigo a correr mundo, y ya verás como hacemos fortuna.

Aceptó Antonio, y ambos socios se pusieron en camino en el coche de San Fernando, unos ratos a pie y otros andando. Llegaron a un país en que todos los habitantes tenían cuatro orejas y tres bocas: una en la cara, y dos en los codos.

—¡Vaya unos tíos!—exclamó el muchacho—. Esos sí que hablan por los codos, y no los de mi tierra.

—¿A qué venís aquí?—preguntó por un codo al muchacho uno de aquellos individuos.

—A ganar dinero—contestó el muchacho.

¿Cómo es eso?—dijo el de las bocas, riéndose por el otro codo—. ¿Queréis ganar dinero con una boca, cuando nosotros con tres no podemos vivir?

—¿Pues qué oficios hay en este país?—preguntó la zorra.

—Todos somos oradores; y el oficio ha venido tan a menos, que por un buen discurso apenas dan diez céntimos.

—¿Quieres unirme con nosotros?—dijo la zorra—. Pues en nuestro país llegarás a ministro o, por lo menos, a sacamuelas.

—Oye; ¿y de qué os sirven esos dos pares de orejas?

—Unas son para oír lo que queremos, y otras para no oír. Este par con el cual no se oye nada es lo que se llama por ahí oídos de mercader.

Tres-bocas, Antonio y la zorra se pusieron en camino en busca de dinero. A las pocas horas de marcha hicieron alto para almorzar, viendo Antonio con sorpresa que Tres-bocas hizo cinco partes de las provisiones, y se guardó tres.

—¿Cómo es eso?—preguntó la zorra, escandalizada.

—Amigos, yo como a seis carrillos porque tengo tres bocas; de modo que necesito tres raciones.

Antonio y la zorra se miraron como diciendo: «¡Vaya un compañero que nos hemos echado!»; pero ya no era cosa de despedirlo.

Siguieron adelante, y llegaron a un país que estaba asolado por las hormigas; pero al decir hormigas, no creáis que eran los pequeños animalitos que vosotros conocéis: eran del tamaño de lobos, y tenían la cabeza provista de unas mandíbulas más fuertes que las de los leones. Los habitantes estaban aterrados, y cada vecino se encerraba en su casa, poniendo en las ventanas cañones de artillería.

Al ver tales preparativos, Antonio quiso marcharse





con la música a otra parte; pero la zorra le dijo:

—Espérate un poco, y ya verás cómo de aquí sacamos algo.

Fué la zorra a visitar al alcalde de la población y le dijo que si la pagaban bien los libertaria de la plaga que los tenía sobrecogidos.

El alcalde contestó que daría cuantas monedas le pudieran pedir en cinco minutos.

Aceptó la zorra, y se puso inmediatamente en campaña, en unión de sus amigos. Marchó al campamento de las hormigas, y se presentó a su Reina, que era la mayor de todas las de su ejército. Tenía la cara de mujer y el cuerpo de hormiga, vestido con bata y botas de montar. Al cinto llevaba seis pistolas, cuatro sables y veinte puñales.

—¡Carapel!—exclamó Antonio—. Esta parece que es la que vende navajas y puñales de Albacete.

—¿Qué queréis?—preguntó la hormiga.

—Casi nada, señora—dijo Antonio—; rogaría que deje usted en paz a esos pacíficos vecinos, que sólo tienen tres cañones por barba.

—¡Zapatilla!—gruñó la Reina—. ¿No sabéis que en diez años de combate que llevamos ya me han dejado cojas a balazos a tres guerreras, y a otra le han saltado un diente que le hacía mucha falta, por ser recuerdo de familia.

Tres-bocas se acercó, y le habló con un codo; la Reina le miró, y como vió que no movía los labios de la cara, todo se le volvía mirar a una y otra parte, para ver de dónde salían aquellas voces. Pero cuando miraba por un lado a Tres-bocas, éste hablaba por el otro; y fatigada la Reina de dar vueltas, exclamó:

—Este hombre es un acordeón.

Pronunció Tres-bocas un discurso, y convenció a la Reina de las hormigas a que se marchara a otra parte con su ejército, y después marcharon los tres

socios a casa del alcalde, el cual estaba dispuesto a cumplir su promesa; pero Tres-bocas comenzó a pedir dinero tan aprisa; que el hombre no pudo darles tanto como pedían.

Desde allí fueron los tres compañeros a un país donde la gente había perdido el tino, y cada vez que uno estornudaba, le sonaba las narices al vecino; y como no solían tener la mano

blanda, todo se volvía rogativas para que no hubiese catarros. Era gracioso ver que cuando a cualquiera le picaba, extendía en seguida la mano para rascar al más próximo. Si se ponía enfermo el sacristán, ya era sabido, su familia iba a cuidar al estanquero, que vivía pared por medio, y el pobre hombre tenía que tragarse las purgas y recibir las lavativas.

Habló allí Tres-bocas, y encantados de su discurso, fueron y felicitaron a un borrico que había por allí cerca.

Por fortuna, el dinero se lo entregaron a Antonio; cargó con él la zorra, y todos siguieron adelante.

Ya iban de vuelta para su país, cuando les salió al camino un enanillo, con caperuza azul y lengua barba, que estaba chupando, como si fuera regaliz, un pino que acababa de arrancar con una mano.

—¿Qué hace usted, buen hombre?—preguntó la zorra.

—Esperando que pase un preguntón para comérmelo.

La zorra se calló al momento. Tres-bocas se le acercó, y por un codo le preguntó que si se había quedado chico de un susto.

El enano se levantó encolerizado, y miró a los tres amigos; pero no viéndoles mover la boca, no sabía quién era el preguntón.

—¿Quién de vosotros ha hablado?—dijo con rabia.

—El mismo que habla ahora—contestó Tres-bocas por el otro codo.

El enano se volvía loco, sin saber cuál de los tres se burlaba de él, y así, se dispuso a aporrearlos y comérselos a todos; pero la zorra había tomado sus precauciones, y había dado la vuelta de manera que cogiese al enano por la espalda y le zamarreó de lo lindo. El enano gritaba que le soltaran; pero la zorra dale que dale, hasta que el enanillo ofreció no meterse con ninguno, y darles además un tesoro.

Le soltaron, no sin ciertas precauciones, y fueron con él a una cueva donde tenía guardadas todas las colecciones de los lindos cuentos de Calleja, que fueron recogidas con avidez por nuestros tres amigos, pues hasta la zorra, que entonces empezaba a leer, era muy aficionada a estos preciosos cuentecillos.

Por fin llegaron al país de Antonio, donde se establecieron espléndidamente.—FIN.



VIDA PINOCHISTA



ALBERTO RUBIO
12 años
Mago del lápiz



ALEJANDRO MORÁN
Premio de colaboración



BENIGNO MAYAN
Hábil dibujante



LUCAS PARDO
Premio de colaboración



GERMÁN GONZÁLEZ
Inquieto dibujante
Premio



ENCARNACIÓN
DE LA FUENTE
Premio de dibujo



CARMEN ARRIOLA
Premio con Accesits



ISABEL DE BRUNET
Premio de colaboración



MARÍA JESUSA
MAQUA
Pinochista constante



EUGENIA BRIZ
Premio de colaboración



En el próximo número
aparecerá el precioso juego
titulado

EL LOBO Y LOS PERROS
primero de la serie de diver-
tidísimos entretenimientos que
va a publicar

PINOCHO

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Carabela
Carmen Marengo



La locomotora de Pinocho
Julían Sancho



Pinocho gaucho.—José Moya



Mi barco.—José Astudillo



Altuna
José Gerbolés



Un pintor
Luisito Sanz de Andino



Fábrica de Galletas
Gabriel Rubio



José Luis
V. Murillo



Cervantes
Rafael Melero



En el fondo del mar
Luis de Mazarredo



El Manzanares.—Antonio Bernal



Escena holandesa.—R. Melero



Mi tartana.—Angel Carmona



Melopea.—José Moya



Un explorador
Eliás Pérez



Ciervo
Arturo Domereq



«Chispita»
Villy Nounnast



Cisne.—Carlos M.ª Meana



Anita
Santiago Virallo



Vendedor de hielo
Judas y Bandolero



Un cazador
Fernando Pino



Pinocho torero
José Díaz Reguilas



Aeroplano.—Vicente Zalve



Dama antigua
Manuel Fernández



Pericuelo
Estalla Garriga



Pinocho
Eulalia Garriga



Casita.—Sebastián Briaies



Mi perro
Teresa Ballester



Góndola.—José Díaz Reguilais



Coche.—Ramón Carazo



Un chino.—J. Ruiz Lillo



Castillo.—Pepín Castellanos



Nocturno
Juan Manuel Mayor



Mi auto.—Ramón Carazo



Un reloj.—Pura Hergueta



Mi portera.—Nafanillo Zurdo



Popular.—J. Ruiz Lillo



General Castaños
Tomás D. Brito



En alta mar.—Pepín Felipe



El coche núm. 11.—Angel Prado



Turca
M.ª Gloria García



Mi amigo
Nico Herrera



Elefante
Antonio Alvarez



Hospital
Margarita García



Silueta.—M. G. C.



Diablo
Juan Manuel Mayor



Juan de Austria
C. Díaz de B.



El borrico de mi
hermano
Amelia Somolinos



Patio sevillano.—Fernando Rubio



Balandro.—F. Oliveras



Pinocho.—María Sesma



Auto.—Francisco Algana



Un poeta
Purita Hergueta



Chufita
Eulalia Garriga



Un pajarillo.—Juan Manuel Mayor



Elefante
Enriqueta Somolinos



Auto.—A. Moles



Mariposa.—Pili Sánchez



Un pato
Paquita Lillo



El tío cuchufletes
Enrique Grann



Perrito
Mercedes Zulueta



Pinocho
Agustín Sarralbar



Morronguis
María Sesma



Un ciervo
María Sancho



Faro.—Antonio Alvarez

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

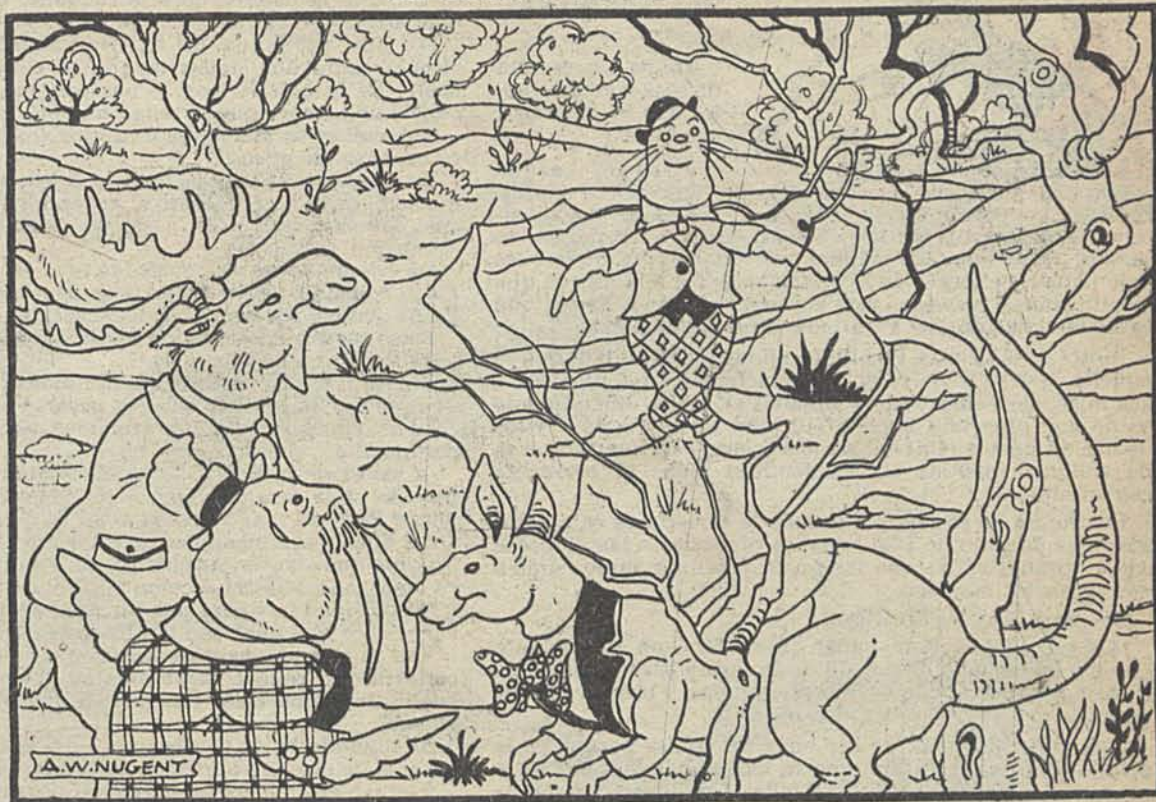
EL LEON Y EL ELEFANTE

Un león africano y un elefante, africano también, se perdieron en un profundísimo y obscuro bosque.

Y nadie los encontró...

¿Sabéis vosotros dónde están?

Me parece que sí.



EL MAGO DE GRECIA

Había un brujo astrólogo, hace muchísimo tiempo, en Grecia, que averiguaba y adivinaba cosas verdaderamente prodigiosas.

En cierta ocasión un comerciante ateniense, Héctor Caratontolis, llegó a las puertas del mago.

—Amigo—le dijo—. Vengo a hacerte una grave consulta. De mi corral ha desaparecido el gallo más galán y, desesperando de encontrarle, por eso me acerco a ti, ¡oh, mágico viejo! para solicitar tu ayuda.

El rostro del mago se contrajo con una sonrisa. Después metió la mano en un cubo lleno de números, y sacando un puñado los tiró al aire, donde quedaron colgando como sujetos por invisibles hilos.

Entonces Caratontolis cogió un lápiz y unió los números con líneas, siguiendo el correspondiendo orden.

Y ante sus ojos apareció el gallo.

(Ahí teneis los números. Un lápiz no os ha de faltar. No digo más...)



Sección Pirula

Fantasías de Pirula... decoradora

Toñita "viste" una botella

Toñita no es una de esas mamás crueles que martirizan a sus hijas.

Porque, aunque parezca mentira, las hay; por ejemplo, yo conozco una Pirulinda que, por lo demás es encantadora, pero que se entretiene en lavarles la cara a sus hijas, aun a las que son de cartón, frotándoles las mejillas con tal energía que se las deja pálidas, al revés de lo que le sucede a ella misma que cuanto más se restrega, más colorada se pone. Así es que todas las hijas de esta Pirulinda parecen anémicas.

También sé de otra Pirulinda, no menos encantadora que aquella, que se divierte en introducir entre los dientes de sus hijas, cortecitas de pan mojadas en agua; este alimento es de una digestión muy difícil para las muñecas—, y los demás alimentos también, os lo advierto—de suerte que es de suponer que las pobres tendrán todas el estómago estropeado.

No, Toñita no es así; lo que más la divierte es cambiar a sus hijas de traje, lo cual lejos de disgustar a las muñecas suele agradarlas, ya que las gusta presumir tanto como a sus pequeñas mamás.

Así, a mi ahijada Pirulita...

¡Ah! es que habeis de saber que Toñita me quiere tanto que me ha hecho el honor de designarme para madrina de su hija predilecta, que es la más pequeña y la más grande de todas.

Es la más pequeña de las hijas de Toñita porque es la más joven o sea la última que le han regalado; pero es la más grande de todas... porque todas sus hermanas son de menor tamaño que ella.

Tan grande es Pirulita que, al enseñarla a la gente, Toñita dice con orgullo lo mismo que dicen las mamás de las niñas, al presentar a sus hijas. «Está casi tan alta como yo.» Y es verdad; ahora que pronto dejará de ser así, puesto que Toñita crece de día en día mientras que su hija seguirá siempre igual, al revés de lo que sucede con las mamás y las hijas que son personas.

Pero todavía no os he dicho lo que Toñita disfruta vistiendo a su nueva hija, quitándole su abrigo de lana rosa y descubriendo así su trajecito de organdí blanco, o sustituyendo este trajecito por otro de crespón celeste.

Claro que lo más divertido no es cambiarle de vestido a Pirulita, sino hacérselos nuevos; porque habeis de saber que Toñita confecciona ella misma el vestuario de sus hijas, siempre que tenga un trozo de tela disponible y siempre que mamá esté dispuesta a «ayudarla».

La «ayuda» de mamá consiste por lo regular en lo siguiente; mamá corta el vestido; luego lo cose; «todo lo demás» lo hace Toñita.

Pues bien, se me ha ocurrido que Toñita confecciona un traje sin «ayuda» y además sin tela; ahora que este vestido no será para Pirulita, ni para ninguna de las hermanas de Pirulita. Será para... una botella.

Con ello, Toñita se divertirá un rato y además podrá convertir una botella de las más ordinarias y corrientes en un precioso frasco de adorno.

Lo primero... lo primero es tener una botella.

Entonces se corta en un cartón fuerte, un redondel que sea un poco más pequeño que el... vamos, que la parte inferior de la botella; en este redondel de cartón, se hace todo alrededor, agujeros con un punzón.

Por otra parte con un trozo de alambre se fabrica un círculo como una pulserita que se coloca alrededor del cuello de la botella (con lo cual en lugar de pulsera, es collar) de manera que le venga un poco ancho.

Se enhebra en una aguja de zurcir cordoncillo de seda de color, bastante grueso.

Y se tienden las hebras desde el aro de alambre que rodea el cuello de la botella hasta el redondel de cartón sobre el cual descansará su base, pasando la aguja por los agujeros del cartón.

De este modo, se va cubriendo toda la botella, de arriba abajo con unos cordoncillos que deberán ir muy juntos, a fin de ocultar por completo el cristal.

Estos cordoncillos pueden ser de un solo color o de varios para mayor fantasía.

Y para que el «vestido» resulte todavía más lucido, una vez que esté terminado, pueden pasarse entre las hebras de cordón, cintas cuyo color armonice, naturalmente con el cordoncillo.

¡A ver si ahora Toñita quiere dedicarse a vestir todas las botellas de la casa para jugar con ellas como si fueran muñecas! Pero no, tengo la seguridad de que seguirá vistiendo a sus hijas y cambiándolas de traje a cada momento.

Como que a veces las envidia un poquito y dice: «Quisiera tener tantos vestidos como mis hijas!» Pero decidme a mí qué necesidad hay para una niña de tener muchos vestidos cuando los que tiene son tan lindos como los de Toñita?

Ved en esta página algunos: Uno es de pana azul fuerte, con listas en relieve dispuestas en dos sentidos. Tiene un cuellecito y unas carteritas de *toile* de seda rosa, festoneada en azul.

El segundo es de marocain verde, con un cuello y una corbata de crespón blando, bordeado de un plisado.

Y el tercero, de organdí rosa pálido, tiene una capita que forma las mangas.

